

Growing and Sharing in Jesus Christ

“Come Home and Give Alms”

If there was only one story in the world to tell us of the love of God, I would want it to be the story of the Prodigal Son. Even though I was never lost in this way and I had a wonderful relationship with my own father, re-telling the story of the Prodigal Son brings tears to my eyes and joy to my heart. For those who do not appreciate how wonderful their father is, I suggest that you consider the consequences of what could have happened to this wayward son in justice, so that you might realize how precious a gift a father can be. And for those whose fathers were not present at home or were far less than ideal (or even normal), then this Gospel is an anchor of hope that our experience with God can overcome the weakness of our human experiences. For the rest of us, torn by bitter family jealousies, greed and rivalry, this Gospel stands as an opportunity to heal the wounds of long ago and rebuild shattered relationships.



Lent is traditionally a time for giving alms. Alms are the token gifts of money we toss to beggars on the street, total strangers, people in need. Pilgrims are obliged to give alms on their pilgrim journey as a means of purifying their motive for travel, emptying their purses of excess and opening their hearts to receive the grace of God. Alms are a penance and a prayer, a way of helping others and oneself as we journey through life. Those who have been greatly blessed are also greatly obliged to share their blessings with those who are less fortunate.

Unfortunately, the practice of giving alms has fallen to two victims in our modern world. Threats of violence and the fear of misusing our generosity to buy drugs or alcohol now make us fearful to help others in need. We often rush past the beggar or ignore the person in need. We also feel more comfortable giving money to large charitable organizations who can channel the money they receive to provide good for the most number of people. We trust the Church and other charities to care for others in our name, rather than risk the dangers of robbery or worse. But this has led many people to confuse almsgiving with support for the Church and its ministries and the obligations that arise from stewardship. Instead of being responsible stewards, thankful for our blessings and giving generously to proclaim the Gospel, we treat the Church as a beggar whose sole function is to provide for the poor. We chafe when we see financial reports that speak of bills to pay, children to educate, and of preaching the Gospel. We fail to calculate the costs of just salaries for employees and nurturing vocations, but we complain if Father is not available when a family member is sick. If we do not like a teaching or are uncomfortable with the Bishop or the Pastor, we withhold our alms for they are unworthy beggars.

Yet, the Church is neither a beggar nor a stranger to whom we toss an alm or two so that it might help the poor. The Church is our family who looks for us when we are lost and shares with us all the grace that has been given to her by Christ. We give our stewardship to the Church so that she may help the poor and still proclaim the Gospel.

Growing and Sharing in Jesus Christ,

Fr. Nick

Creciendo y Compartiendo en Cristo Jesús

“Venga a Casa y Dé Limosna”

Si existiera al menos una historia en el mundo que nos hablara del amor de Dios, me gustaría que fuera la historia del Hijo Prodigio. Aunque yo nunca me perdí así y mi relación con mi padre fue maravillosa, cuando digo la historia del Hijo Prodigio me salen lágrimas y trae gozo a mi corazón. Para quienes no aprecian lo maravilloso que su papá es, pueden pensar en las consecuencias de lo que hubiera pasado a este hijo teniendo en cuenta la justicia, y así darnos cuenta de que un papá es un buen regalo. Y para quienes sus papás nunca estuvieron presentes o no fueron los papás ideales (o simplemente lo normal), entonces este Evangelio es un ancla de esperanza de que nuestra experiencia con Dios puede sobrepasar las flaquezas de nuestras experiencias humanas. Para el resto de nosotros, quebrantados por la aspereza de los celos familiares, la avaricia y rivalidades, este Evangelio nos brinda una oportunidad para sanar las heridas del tiempo y reconstruir nuestras quebrantadas relaciones.

La Cuaresma es un tiempo para dar limosna. La limosna es un puño de monedas que aventamos a los limosneros en la calle, a extraños o los necesitados. Los peregrinos están obligados a dar limosna en su camino de peregrinación como una forma de purificar su motivo del viaje, vaciar sus monederos del exceso y abrir sus corazones para recibir la gracia de Dios. La limosna es penitencia y oración, una forma de ayudar a otros y a uno mismo mientras viajamos por la vida. Quienes han recibido grandes bendiciones están obligados a compartir sus bendiciones con los menos afortunados.

Desafortunadamente, la práctica de dar limosna ha caído presa de dos víctimas de nuestro mundo moderno. Las amenazas de violencia y el miedo de que usen nuestra generosidad para comprar drogas o alcohol nos hacen ahora tener miedo de ayudar a quien tiene necesidad. A menudo, caminamos más aprisa en frente de los limosneros o ignoramos a quien está necesitado. También nos sentimos más cómodos dando dinero a organizaciones grandes de caridad que pueden distribuir el dinero que reciben para proveer bienestar para un mayor número de personas. Confiamos en la Iglesia y otras instituciones de caridad para que cuiden de los demás en nombre nuestro, más bien que arriesgar que nos roben o algo peor. Pero esto ha hecho que mucha gente confunda la limosna con el apoyo a la Iglesia, sus ministerios y las obligaciones que resultan de la práctica de la Mayordomía. En vez de ser mayordomos responsables, agradecidos por nuestras bendiciones y así dar más generosamente para la proclamación del Evangelio, tratamos a la Iglesia como un limosnero cuya única función es proveer para el pobre. Nos irrita cuando vemos los reportes financieros que nos hablan de las cuentas a pagar, niños que educar y de la predicación del Evangelio. Fallamos al calcular los costos de los sueldos de los empleados y en fomentar las vocaciones pero sí nos quejamos si el Padre no está disponible cuando un miembro de la familia se encuentra enfermo. Si no nos gusta alguna enseñanza o no nos sentimos cómodos con el Obispo o el Pastor, retenemos nuestra limosna porque son limosneros que no se la merecen.

Más aún, la Iglesia no es un limosnero ni tampoco un extraño a quien le tiramos una moneda o dos para que pueda ayudar al pobre. La Iglesia es nuestra familia que nos busca cuando estamos perdidos y comparte con nosotros toda la gracia que le ha sido dada por Cristo. Damos nuestra mayordomía a la Iglesia para que pueda ayudar al pobre y también pueda proclamar el Evangelio.

Padre Nicolás